

# "Nun daoiz tallarrak?"

\* Matemático, Por Enrike Zuazua - Domingo, 17 de Febrero de 2013 - Actualizado a las 05:22h.

NINGUNO de los dos lo sabíamos, pero era nuestro último viaje juntos e iba a ser largo. De hecho, habíamos compartido muy pocos viajes largos, si bien eran innumerables las excursiones de las que habíamos disfrutado durante 30 años, más al principio que al final de esas tres largas décadas de estrecha relación, unas veces a trabajar, otras a pescar, otras a recoger perretxikos o manzanilla, para jugar a palas o, simplemente, para pasear y merendar.

Son ya 20 años de aquél último viaje. El ya se veía cansado y ladeaba un poco al caminar e incluso en el asiento del copiloto. Los médicos decían que era por una hernia de disco. Yo siempre pensé que era mera fatiga, por una vida de incansable trabajo, iniciado aún en la infancia, de manera prematura, y por una guerra injusta, perdida en la juventud, que hoy diríamos adolescencia, y por las cicatrices que los años posteriores en campos de concentración habían dejado en un espíritu aún inmaduro, aventurero y generoso.

En la Guerra Civil le tocó defender la República, con espíritu proletario, aunque solo fuese por haberlo sido sin remedio, empujado por la necesidad de una familia más abundante en el número de hermanos que en recursos. Fue más de media vida lo que le costó llegar a alcanzar aquella emergente clase media en la que era posible ser propietario de un piso modesto, de un coche o de una televisión, ya mediados los sesenta.

Aún debieron pasar quince años más para ver alumbrar la democracia y, a partir de ahí, el cabo de la tercera edad en la que su voto y su opinión fueron cambiando al ver que la definición de los proyectos políticos le obligaban a elegir en gran medida entre su cultura, su lengua y sus convicciones socialistas de juventud. No deja de sorprender, en efecto, aún hoy, la dificultad del socialismo vasco en construir un proyecto que integre las dos almas que tan indivisiblemente estaban fundidas en aquella generación de trabajadores eibarreses.

De hecho, hace muy poco, como país, hemos vivido una transición semejante, para volver a depositar el poder en el PNV-EAJ, como sospecho que hicieron muchos de su generación en aquella época al depositar el voto en un proyecto al que poco a poco se vieron atraídos buscando hacer compatibles sus raíces y una clara vocación social, tras haber dejado atrás, a base de años de esfuerzo, las calenturas revolucionarias de la juventud.

Pero todo esto es pura conjetura e intuición, pues entonces, más que ahora, el voto era personal y secreto, tal vez por el recuerdo de épocas tan largamente vividas, durante décadas, en las que el pensamiento, e incluso muchas veces el sentimiento, pertenecían al ámbito de la clandestinidad.

El viaje de Eibar a Madrid no era más largo que ahora. Aunque no teníamos aún la autopista a Gasteiz y no había GPS, tampoco había tantos radares y eso permitía una conducción algo más ligera, sin que nos sintiéramos en riesgo. En el camino, por supuesto, comimos un menú del día, pues aquella generación no entendía lo de saltarse una comida y tenía razón por lo que nos dicen ahora los dietistas ante la avalancha mundial de obesidad.

A pesar de que la distancia de 400 kilómetros es relativamente corta, en su transcurso el paisaje cambia varias veces de manera sensible. La última, al bajar Somosierra. Las montañas allí no son menos hermosas que las nuestras, pero sí distintas, con fotografías y paisajes a veces lunáticos.

Hablamos mucho en el camino, tal vez porque iba a ser nuestra última larga conversación, aunque no lo supiéramos, siempre en euskera, como desde el primer día. Él era perfectamente bilingüe como todos los de su generación, algo que no deja de resultar increíble hoy en día, vista la gran dificultad que tenemos para educar en el bilingüismo, a pesar del enorme esfuerzo inversor en una educación que cuando él fue niño era un lujo.

El Eibar que habíamos dejado atrás al zarpar ya llevaba años desmantelando sus empresas y a eso le dedicamos un buen rato en nuestra conversación. A los talleres les decíamos *tallarrak*, en un euskera eibarrés tan eficazmente adaptado al mundo y a los tiempos. En las décadas que transcurrieron desde la guerra a la democracia, Eibar y toda la comarca, como buena parte de Euskadi, se había llenado de talleres como por empeño de la población en pavimentar su geografía de manera exhaustiva, esquina a esquina, taller a taller. Comentamos lo aparentemente contradictorio que resultaba que la democracia hubiese traído también crisis, reconversión y, poco a poco, pérdida de tejido empresarial.

Aquel Eibar que hacía solo un par de décadas más hervía de actividad de obreros pertrechados de buzos en talleres de metal y baños electrolíticos ahora empezaba a lucir parados y prejubilados. El panorama era el mismo en todos los lugares que solíamos visitar años atrás, cuando le acompañaba, orgulloso en sus labores, de taller en taller, desde el Bajo Deba hasta Zorrotzaurre, cuando la escuela lo permitía.

En aquel viaje, varones ambos de edades muy distintas y distantes en más de cuarenta años, estuvimos de acuerdo en nuestra dificultad en entender lo que estaba pasando con el mundo que habíamos conocido, con los talleres y empresas como espina dorsal y núcleo central de actividad. Yo, como matemático, me sentía tan perplejo como él, hombre de acción autodidacta.

En épocas recientes y ante la agudización de los vaivenes económicos mundiales, hemos descubierto que los economistas y políticos parece que no lo tenían más claro que nosotros, aunque no nos lo decían.

En los últimos kilómetros, cuando las urbanizaciones residenciales empezaron a ocupar el espacio de bosques, campos y montañas a ambos lados de la carretera, su atención se fue agudizando. Me resultaba difícil entender qué tenía de particular para él aquel paisaje de chalets adosados. Al final le pregunté y su respuesta fue certera: "Nun daoz tallarrak?" O, en euskera más ortodoxo, "Non daude lantokiak?", es decir, ¿dónde están los talleres?

Si hoy tuviésemos ocasión de pasear por los parajes por los que en la época excursionábamos en nuestras comarcas, sin necesidad de llegar a Madrid, posiblemente me volvería a preguntar: "Nun daoz tallarrak?".

A cambio de aquellos talleres entonces ubicuos, eso sí, hemos ganado otras muchas cosas y hemos recuperado espacio para la naturaleza y el urbanismo. Pero la pregunta y, sobre todo, la tarea de dotar a nuestra sociedad de sostenibilidad y de futuro tienen plena vigencia: "Nun daoz tallarrak?"